EL CONDE PALAKIS.

JOB.

En el invierno de 187... llegó á París, y se alojó en el Gran Hotel, el Conde Job Palákis, griego, de treinta años de edad, estatura mediana, de figura poco bella, si se exceptuaban sus ojos negros y rasgados, y su frente espaciosa y tranquila, que tenía no sabemos qué semejanza con el mar en calma. Difícil sería decir si viajaba por placer ó por fastidio. Estaba casado con una de las jóvenes más bellas y más distinguidas de Atenas. Se había dedicado á los estudios filosóficos; había leído mucho, había estudiado sin cesar, y encontró al fin que su cerebro era un inmenso vacío. Naturalmente bondadoso, había soñado en remediar los males de su

patria; había procurado el desarrollo de la instrucción, el ensanche de la beneficencia, la protección á los desheredados y el cuidado de los niños; y también se halló con que su corazón era otro vacío inmenso. Un día salió para el Occidente de Europa, sin saber á dónde iba, sin llevar una sola carta de recomendación: barca sin timón y sin remos, impelida al acaso por la corriente del Océano. Al día siguiente de llegar á París, hizo que le vistiera á la moda Laurent Richard; compró magníficos brillantes en una joyería de la calle de la Paz; y fué en la noche á oir á la Patti. A la siguiente semana, tenía tres amigos: el tenor Debassini, el marqués de Madisson y el pintor Delaunay.

En el momento que le presentamos á nuestros lectores, está comiendo con Madisson en un gabinete del Café Inglés. A Madisson se le pinta con dos palabras: tipo de elegancia y caballerosidad, admirador de las mujeres, y con una renta de diez mil libras.

Oigamos su conversación, pues ella da principio á las aventuras que vamos á relatar.

—¿Es decir que estáis verdaderamente enamorado? le decía Palákis á Madisson.

—Como un loco, contestó éste.

—¿Y sería indiscreción saber de quién?

—No, amigo mío; y voy á contaros este episodio. Notad que soy modesto, y que en la gran tragedia del amor llamo á mi aventura simplemente episodio.

—Pues qué, ¿querríais hacer una Orestia de bastidores?

—Oidme. Estoy enamorado de una fea que es hermosa, de una mujer lúgubre que es la gracia misma, de una virtud imposible que ha dado más caídas que los gobiernos que hoy se estilan.

—No os entiendo.

—Ya conocéis á Teresa, la bailarina mimada del público de los Italianos. Pero no vayáis á volveros loco por ella.

—¿Yo? tengo el corazón blindado.

—A pesar de vuestra coraza, cuidaos.

—Os digo que es una mujer imposible. Capoul la enamoró, y Teresa volvió grandiosamente la espalda al tenor de gracia. El rico banquero Quatremare le ofreció una fortuna, y la "diva" le arrojó de su cuarto. Yo le he pintado con los colores más vivos que podéis imaginaros, este panorama del Vesubio en erupción que tengo en mi pecho, y se ha reído de mí; pero no creáis que con una sonrisa amable como la de los diplomáticos, ó humilde como la de los pretendientes; no, señor, á carcajadas homéricas, estridentes,

implacables, como se reiría el perro de Bismark si los perros se rieran; carcajadas que parecen mordidas.

—Me interesáis con vuestro relato original, marqués. ¿Y decís que á pesar de su virtud....?

—Os interrumpo, Conde: la ley prohibe los ataques á la vida privada.

—¿Pero no es bella?

—Ya os he dicho que lo es y que no lo es.

—Sigo no entendiendo.

—¿Y para eso habéis estudiado filosofía? En verdad que no he conocido gente más ignorante que los filósofos. Fortuna es que nos hayan servido el café: tomadlo, que despeja á los tontos..... y á los filósofos.

—Madisson, me encanta vuestro carácter.

—Y á mí me encanta Teresa. Tomemos una copa de Champagne á su salud.

—De mil amores.

—Me ocurre, insigne descendiente de Alcibiades, que os vayáis á explicar por vos mismo el gran enigma de cómo es Teresa bella y cómo no lo es. No puedo asistir esta noche al teatro: os cedo mi butaca, que está en la primera fila, exactamente detrás del que toca el violón, el gran Felipe, adjunto oficial de mi simpática sílfide. Viéndola, os convenceréis, pues

ésta es la única manera que existe en el mundo de convencer á los filósofos.... y á los que no lo son.

—Acepto; pero os hago responsable si me enamoro á mi vez.

—No lo extrañaré, porque todos los que ven á Teresa, de ella se enamoran al instante. Solamente os debo hacer una advertencia, querido amigo; y es que si fuérais afortunado con ella, me vería precisado á mataros por honor del "Jockey-Club," de que soy actualmente secretario. Y tened entendido que soy un gran tirador de armas. Supongo que, desde Platón hasta Monseñor Dupanloup, no se ocupan en estas cuestiones los tratados de filosofía y las pastorales. Pero vámonos, que ya es tarde.

—Vamos, querido extravagante.

—¡Un filósofo llamando extravagante á un inglés! Los dos augures de Roma que no podían verse sin sonreir.

Los dos amigos se levantaron, salieron del café, y siguieron á pie hasta la plaza de la Opera. Allí Madisson entró en el "Club Washington:" dedicaba su noche al juego, con desprecio del amor. Palákis montó en su cupé, y como todavía en la época de nuestro relato no estaba terminada la avenida de la Opera, siguió por la calle de la Paz y llegó á los Italianos.

TERESA.

Para presentar á nuestra heroína, entremos en su cuarto del teatro. Acaba de vestirse con un traje andaluz, pues la ópera que esa noche se canta es "La Favorita." Está verdaderamente hundida en un sillón de terciopelo, el codo sobre uno de los brazos del sillón, la barba sobre la mano, y las miradas perdiéndose en horizontes misteriosos. Hay algo que avisa que se acerca un suceso extraordinario. En el mar, antes del huracán, hay una extraña palpitación en su ancho seno de ondas azules. El volcán tiembla antes de rugir, y ruge antes de hacer erupción. El corazón tiembla y palpita, cuando se acerca en la vida uno de esos sucesos que han de tener influencia definitiva sobre nuestra existencia. Teresa estaba en uno de tales momentos.

¿Quién era? Una pobre niña, hija de